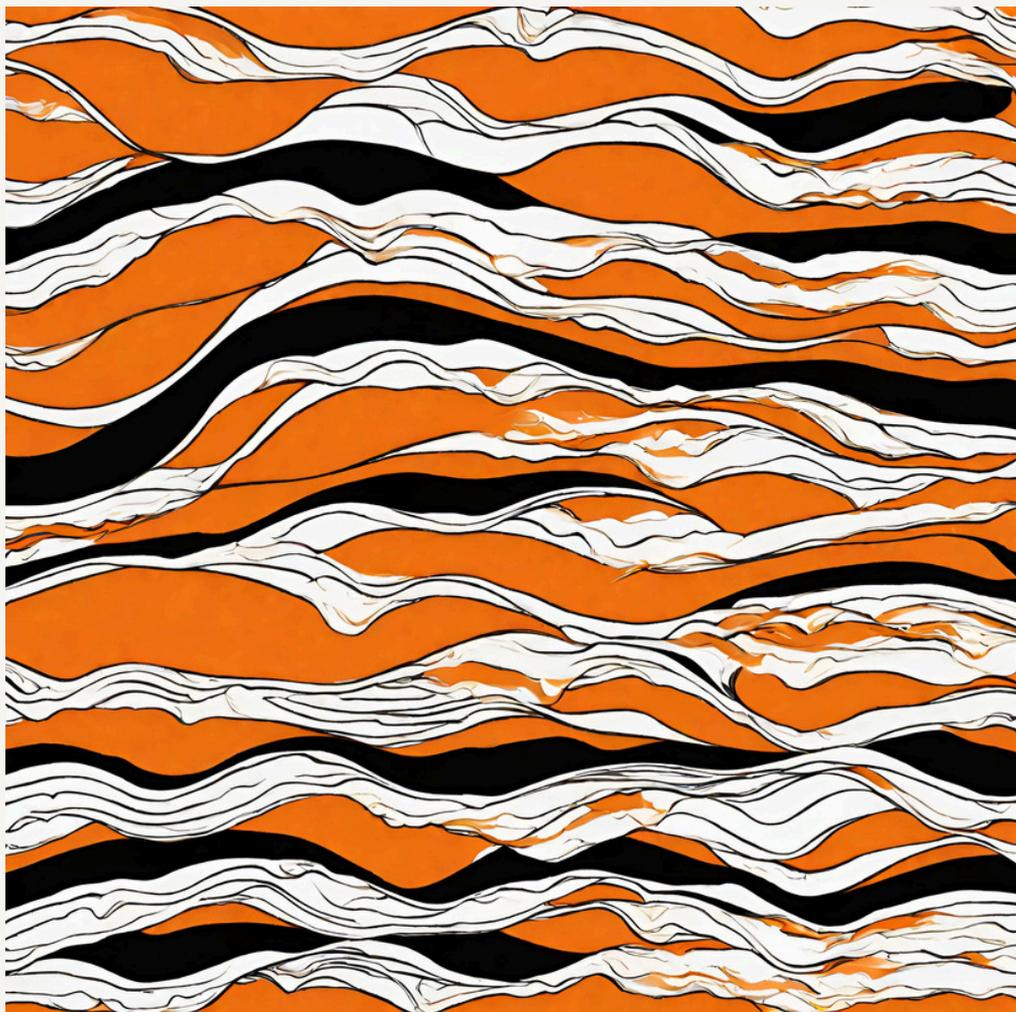


BALADÍ

Vol. 21

Marzo-abril 2024



Fanzine

Baladí es un fanzine periódico publicado
por la Universidad para Mayores.

Este volumen, **número 21 de la cuarta época**, salió a la luz el día
23 de abril de 2024, día internacional del libro.

Consejo editorial:
Sara Alfonso Moro
Raquel Fernández Sánchez
Rafa Yáñez Jato

© de los textos e imágenes, sus respectivos autores.

Contacto:
baladi.um@ucm.es



UNIVERSIDAD PARA MAYORES
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

EN ESTE NÚMERO:

Pág. 4. Apunta al pecho

Pág. 9. Relatos

**Pág. 53. *Las dos vasijas.*
*Un cuento narrado por Lola Azcona***

Pág. 54. *Un antes y un después.*

**Pág. 70. *¿Quién eres tú?*
Un guión de Gerardo Romero**

Pág. 79. El Casette. Carmen Villa

**Pág. 80. Personajes inolvidables.
Roberto Amilburu**

Pág. 86. La kermés de Cándido



Canción sin retorno

Bernardo Campos Caeiro

tendremos que alimentarnos del silencio
de antiguos alejandrinos encadenados
tendremos que esperar la octava luna dos mares

tendremos que poner tierra por medio
respirar el recuerdo de los endecasílabos
tendremos que esperar que el tiempo pase

y cuando emerjan troqueladas sobre el alba
las aristas de la ciudad
revivir el quejido de la marea al retraerse sobre las piedras
no encontrarnos un día de verano
y saber que ya ha existido ese momento

Después

Sergia Sánchez Heras

Escarbar en la tierra
y descubrir el alma de las hormigas.

Acariciar cortezas
y encontrar tallado
un retrato en el hueco
del árbol y a sus pies
el corazón de mármol
semienterrado,

como larva que envenena
las raíces.

Desde la cima, escuchar al campo
sin apenas voz y la boca seca,
con espigas estremecidas
y amapolas heridas en el costado.

Quizás hoy se anuncien tormentas
y la noche traiga de nuevo
el olor húmedo de la tierra.

Majestuosa caricia de un disecador de animales

Leire Abadías

En acuosa geometría solar
se alzan seis revueltos, endebles, sonámbulos remos,
descosidos su compás, su equilibrio y su armonía.
Ardua borrasca exterior que pliega sus espigas eólicas,
ardua pugna que agosta el límpido sudor dictióptero.

Lo abraza azulado, amarillento y rojizo plástico;
lo ciñen cuatro cilindros lignarios agujereados.
Torreados, prominentes, rugidores, graníticos son sus cantos
y su suelo, una colección centenaria de gérmenes manzaneros.
Ese que truenan las púas minerales de la mascota infernal y tenaz,
protegidas sus orejas con minúsculos gorros dormilón, sabio y gruñón.

Un aroma flautista y un trago transparente la reviven,
anónima y majestuosa caricia de un disecador de animales.
En su arrimo, todo un charco liento y baboso la dirige
y la estrangula un brioso hálito de polvo sahariano que
hace vibrar su óvalo corpóreo al son del relamido mosco.

Trepa por las migas de Hansel y Gretel, y aterriza.
El gran Espartaco, con inmensa hoz multicolor, escurridiza e indefensa,
la contempla. Qué violencia mortal, qué repulsa al insecto.
Se acuesta sobre una página treinta, fatigada y trepidante,
una página treinta que deletrea
c - i - e - r - r - a.

El legado de Teodoro



Relatos



Margarita Gil Roësset

En los mares del hielo

Begoña Ansa Garmendia

Las aguas siguen enloquecidas. Desbocadas suben y bajan por sus propias laderas e ignora cómo le han descargado, sobre seco, como si fuera un fardo. Los ojos arden, ha dejado de sentir los miembros por efecto del frío y, sobre un desierto infinito de arena y nieve, con los pulmones a punto de reventar, le cuesta superar el fracaso y el impacto de la tormenta.

Al sesgo, desde la línea oblicua del horizonte, dos soles burlones le contemplan al amanecer; con los nervios crispados, piensa que alucina o que, por efecto del hielo y la sal, está perdiendo la capacidad de ver y lo que es peor la de pensar.

Tirado boca arriba, y como en el trabalenguas “del cielo está enladrillado con ladrillos de cristal”, puede contar las infinitas casillas de un damero transparente que no deja pasar el calor de los soles. No han llegado maderos ni restos del naufragio y, en esta recién estrenada calma, su mirada alterna el matiz dorado del desierto con un espejo de agua color de mar.

A su lado, una caracola grande y rosada se ofrece vacía y cuando la acerca al oído como en su infancia, en lugar de

devolverle los ecos de la marea, le canta en lengua romance una *cantiga* antigua.

Si no duerme del todo, juega a estar dormido. No hay nada nuevo en la planicie absurda de la isla y las visiones y los sueños hacen que su mente trabaje o juegue contra sus neuronas.



Claude Monet



En el ocaso, el sol de su izquierda cae e igual que haría un malabarista eleva al de su derecha. Odia el brillo y la belleza estrellada de las noches, su deseo de poseerle y teme que, si se abandona al influjo lunar, la luz solar no vuelva.

En esta tierra extraña, el paraje se ha convertido en un zoco de espejismos lleno de girasoles mudos donde no hay casas, llaves, ni cerraduras, y la libertad de la soledad se adivina tan grande que duele.

Ha comprobado que las escasas flores que adornan las rocas mienten y el pez globo que nada junto a una langosta han dejado de hablarle.

Ya no se revela. Ha perdido la facultad de la ira y, en esta desesperanza, es incapaz de imaginar cómo volver a lo que fue su mundo.

En la lejana marca del meridiano, en lo que se figura es otro día, una luna insolente mengua Al carecer de reloj, es la forma que tiene de medir el tiempo y ha decidido vivir solo el presente. Nunca, nadie imaginó que un marino como él, en un bajel tan bueno como el suyo, se perdería en los Mares del Hielo. Él tampoco.



Daniel García Gallego

Pintura a carboncillo, realizada en el Taller de Dibujo
de la Universidad para Mayores.

La última jugada

(Un relato chejoviano)

Roberto Ateca

El revólver tiembla en su mano derecha. No le falta valor, ni determinación, es solo que imagina el impacto que va a sufrir Alexia cuando regrese. Sobre la mesa, una botella mediada, una vela encendida, un fajo de billetes y dos cartas.

—*Padre, se ha terminado el carbón* —dice la niña en un tono más resignado que acusador. Tiene apenas doce años, pero ya cuenta con esa sabiduría adulta con la que el sufrimiento cotidiano esculpe el carácter de los fuertes.

—*Ayer me dijo el panadero que no podría fiarnos más.*
—Alexia Fedorova es rubia, los largos rizos que enmarcan su rostro ovalado le dan un aspecto angelical. Es la promesa de una belleza como lo fuera su madre, que llamaba la atención de los transeúntes hasta su última época, antes de que la tisis y la consunción terminaran sus días.

—*Padre, me prometiste que nunca más volverías a jugar*
—ahora sí le recrimina, entre la amargura y la desesperanza.

—*Ahora es verdad hija, por la memoria de tu madre te lo juro.*
—Casi no puede ni sostener la mirada de la niña.

- *Escucha Alexia. Me ha llegado un aviso de la Pagaduría. Van a liquidarme juntas la pensión de este mes y la atrasada del mes pasado. Podremos pagar lo que debemos, llenar la carbonera y aún quedará para comprarte un vestido nuevo.*

El extenuante Fedor Ulianov trata de que su voz suene firme, convincente, como cuando hablaba a su tropa antes de que su esposa le transmitiera la tisis que acabó con su carrera militar. Cuando ella falleció pocos años después dejándole a cargo de su hija de corta edad, Fedor, terminada su carrera, sólo y enfermo, se hundió en la depresión. Y con la depresión llegaron la bebida y el juego.

El sobre con las dos mensualidades de su pensión oprime el costado de Fedor en el bolsillo de su abrigo. Cuando pasa por delante del Casino, fatalmente situado en el camino de su casa, el sobre empieza a pesarle en el bolsillo, le calienta el costado, parece cobrar vida propia y tira de Fedor hasta llevarle, inevitablemente, hasta la ruleta.

—*Hagan juego señores.* —Un atildado croupier, atiende la mesa y reparte diligente la buena o mala fortuna de cada quién, como un dios menor con uniforme. Cuando Fedor pone todas las fichas que ha recibido por su paga - toda su vida y la de su hija en ese acto - sobre la casilla del número veintitrés, el croupier cruza una mirada de inteligencia con su jefe por que la apuesta es importante.

Asiente imperceptiblemente el jefe admitiendo la apuesta; conoce a Fedor y sabe que es un jugador consistente, lo que equivale a decir que es un perdedor consistente. —*No va más*— dice el croupier; la bola empieza su giro diabólico mientras la adrenalina corre libre por las venas de los jugadores.

—*23, rojo, impar y pasa.* —El montón de fichas que canjea Fedor le llena de dinero los bolsillos del raído abrigo. Camino de su casa calcula que lleva encima el equivalente a seis años de pensión. Y, en un fugaz instante de clarividencia, comprende que nunca podrá salir del pozo de miseria moral en el que habita. Y piensa en su hija, en las promesas siempre repetidas, siempre incumplidas. Y, entre todas ellas, la primera, la más antigua, la más importante, la que hizo a su esposa en su lecho de muerte, la de cuidar siempre de la hija de ambos.

Alexia ha salido: seguramente a convencer una vez más al panadero. Fedor, sin quitarse siquiera el abrigo, presa de una determinación que no sentía desde sus tiempos en el ejército, enciende la vela sobre la mesa del cuartucho, busca dos hojas de papel, pluma y tinta y se sienta a escribir febrilmente. Cuando termina, dobla las hojas, escribe en una el nombre de su hermano mayor y en la otra el de su hija. Después saca el montón de billetes de los bolsillos del abrigo, los apila cuidadosamente y se levanta para buscar en el arcón su viejo revólver reglamentario.



Román & Jato

Regresaron las lubinas

José Manuel Guijarro Esteban.

Marzo 2024

Al atardecer dos hombres salen a pescar con una barcaza en la bahía de Nápoles. Antonio le va contando a Paolo la historia de la muerte de Parténope, cuya escultura acababan de ver antes de llegar al puerto. La sirena que, ante la imposibilidad de cautivar con sus cantos al astuto Ulises y a sus acompañantes, murió en las aguas por las que ahora ellos navegan.

Antonio interrumpe el relato y se asoma por la proa al oír el aletear de los peces en torno al barco.

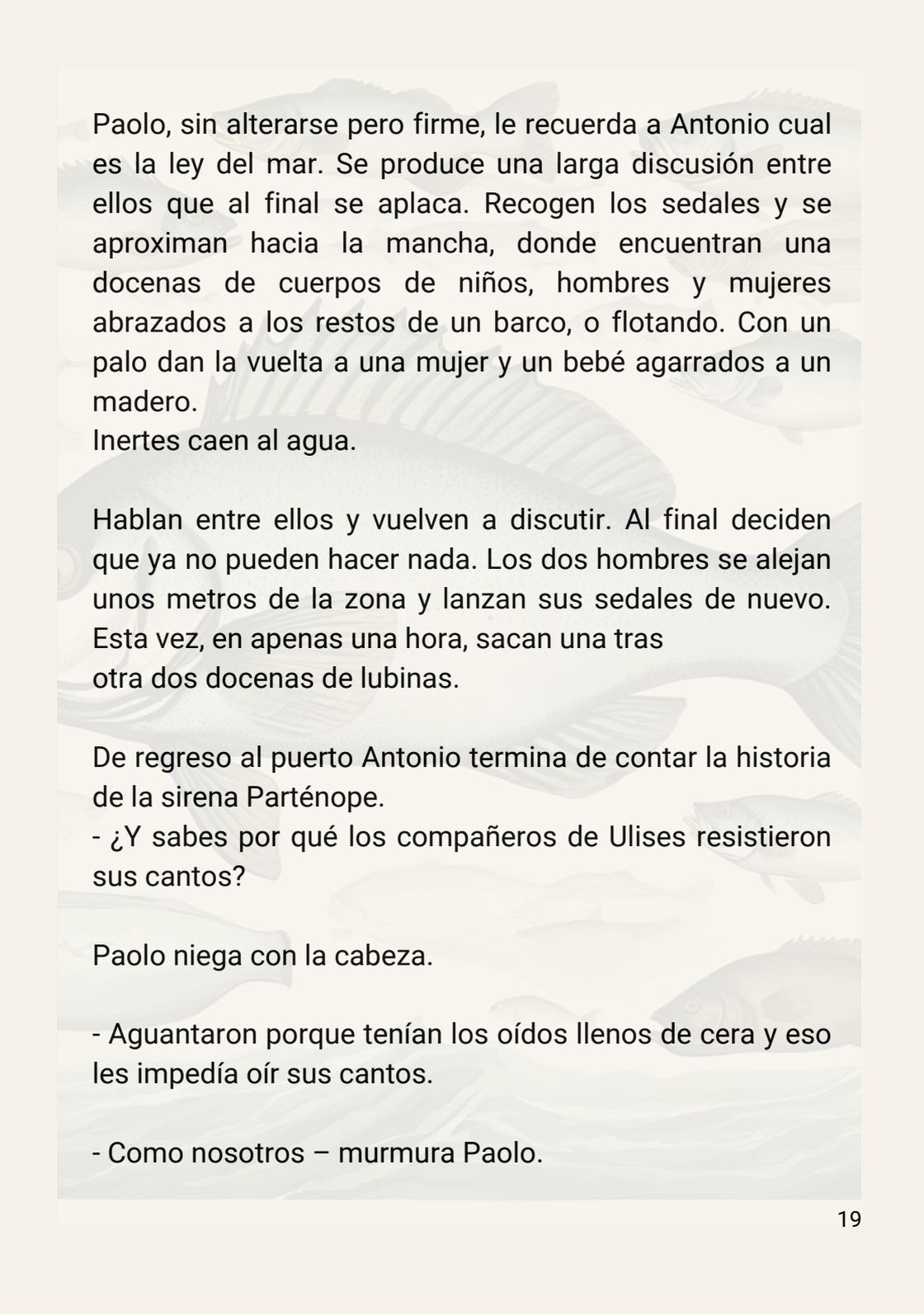
- Han regresado las lubinas; parece que han encontrado más alimento.

- Si, vamos a faenar aquí.

Mientras pescan ven a lo lejos una mancha oscura. Creen distinguir a un hombre con las manos en alto como pidiendo auxilio.

- Vamos a ver- dice Paolo.

- Un día por otro siempre igual. Hemos venido a pescar.



Paolo, sin alterarse pero firme, le recuerda a Antonio cual es la ley del mar. Se produce una larga discusión entre ellos que al final se aplaca. Recogen los sedales y se aproximan hacia la mancha, donde encuentran una docenas de cuerpos de niños, hombres y mujeres abrazados a los restos de un barco, o flotando. Con un palo dan la vuelta a una mujer y un bebé agarrados a un madero.

Inertes caen al agua.

Hablan entre ellos y vuelven a discutir. Al final deciden que ya no pueden hacer nada. Los dos hombres se alejan unos metros de la zona y lanzan sus sedales de nuevo. Esta vez, en apenas una hora, sacan una tras otra dos docenas de lubinas.

De regreso al puerto Antonio termina de contar la historia de la sirena Parténope.

- ¿Y sabes por qué los compañeros de Ulises resistieron sus cantos?

Paolo niega con la cabeza.

- Aguantaron porque tenían los oídos llenos de cera y eso les impedía oír sus cantos.

- Como nosotros – murmura Paolo.

Antonio se pone de pie, mira cómo se aproximan las luces de Nápoles y piensa que tendrán que avisar a los guardacostas.





Alicia de Andrés

Pintura a carboncillo, realizada en el Taller de Dibujo
de la Universidad para Mayores.

Coches (y algunas motos) en mi vida

Manuel Megía

No se trata de pasar revista a los coches que he tenido a lo largo de mi vida hasta ahora, que también saldrán, sino de relacionar con el mínimo nivel de detalle, compatible con un poco de color para el relato, todas aquellas circunstancias en las que a lo largo de mi vida han aparecido coches concretos (y también unas pocas motos) que han dejado en mi memoria una huella suficiente como para poder escribir uno o dos párrafos sobre ellos.

En primer lugar, como contexto espacial, debo explicar que en los años en que se sitúa el principio de esta relación mi familia y yo vivíamos en Aravaca, núcleo de población (al que coloquialmente llamábamos “pueblo”) ubicado a unos diez kilómetros de la Puerta del Sol por la “carretera de La Coruña”, actual A6. Este núcleo de población desde el punto de vista administrativo no era un pueblo sino parte del distrito municipal de Latina, perteneciente al Municipio de Madrid. En la actualidad, se encuadra en el distrito de Moncloa - Aravaca, como no podía ser de otra manera.

Nuestra casa estaba en una calle en las afueras del “pueblo”, a un kilómetro, aproximadamente, del núcleo principal.

En esa calle solo había viviendas unifamiliares en forma de chalets, rodeadas por un pequeño, o no tan pequeño, jardín, según los casos. La mayoría de tales viviendas eran segundas residencias de personas que vivían en los distritos céntricos de Madrid y las utilizaban solo algunos fines de semana y, sobre todo, en verano.

Mi primer recuerdo de un coche concreto se remonta a mediados de la década de 1950 cuando alguna tarde de verano fui invitado por los padres de un amigo de mi misma edad, aproximadamente, a ir en su coche -un Hanomag (marca alemana) azul marino de finales de los años 30- para merendar en un restaurante que había en la coronación de la Cuesta de las Perdices, en la carretera de la Coruña, hoy A6, y que, creo recordar, se llamaba "La Pérgola". La excursión, partiendo de Aravaca, claro, era un viaje de unos tres o cuatro kilómetros, como mucho.

El coche, a pesar de su veteranía, se comportaba razonablemente y tenía capacidad para toda la familia de mi amigo: padre, que conducía, madre, mi amigo, su hermano, dos personas más, familiares o amigos de sus padres, que estaban en casa de mi amigo y, en aquella ocasión, yo mismo; siete personas, en total. Esa capacidad se lograba no con tres filas de asientos, sino con dos trasportines plegables situados en el habitáculo trasero y adosados, si no recuerdo mal, a los respaldos de los asientos delanteros.

Digo que el coche se comportaba razonablemente porque otro día, supongo que de ese mismo verano, se organizó una excursión al puerto de Navacerrada, también, claro, desde Aravaca, pero, de todas formas, palabras mayores, si lo comparamos con el paseo hasta la Cuesta de las Perdices. Bueno, pues ese día durante la subida al puerto, a la altura de la Fuente de los Geólogos, empezó a salir humo blanco del radiador: el motor se había calentado por la subida, la carga, el verano y, supongo, el bajo nivel de agua en el radiador. Menos mal que, como he dicho, estábamos muy cerca de la Fuente de los Geólogos y pudimos enfriar el radiador con agua fresca de la fuente y acto seguido reponer el agua evaporada.

Después de comprobar que el motor no había sufrido ningún daño y que no había fugas de agua continuamos nuestro viaje hasta llegar a la Venta Arias, en la coronación del puerto.

Tomamos allí las consabidas Pepsi y Schuss y patatas fritas, los niños, y cervezas y aceitunas con boquerones en vinagre, los adultos, y emprendimos el regreso cuando empezaba a anochecer.

Durante la bajada del puerto, por el lado de Madrid, no por las siete revueltas, afortunadamente, empezamos a notar un olor inquietante dentro del coche, como a quemado.

El conductor paró el coche en la cuneta y se bajó a inspeccionar, informándonos enseguida de que se había quemado el freno de mano, que se ve que no estaba bien quitado.

Menos mal que, una vez colocado el freno de mano en su posición correcta el coche pudo seguir circulando con toda normalidad sin resentirse sus frenos en el descenso del puerto.

El siguiente recuerdo que tengo de un coche corresponde a la misma época, año más o año menos. Se trata de un Citroën 15, conocido en España en el momento como “pato”, de color negro. El coche era propiedad de un abogado que vivía en la misma calle que nosotros y que, en verano, cuando llegaba a casa del trabajo, sobre las ocho o las nueve de la tarde, tenía la costumbre de anunciar su llegada a su familia y, de propina a toda la calle, tocando con la bocina la conocida sintonía “una copita de Ojén”.



Antonio García Garnateo

*Pintura a carboncillo, realizada en el Taller de Dibujo
de la Universidad para Mayores.*

Lección de anatomía

Ana Murcia

El taconeo de sus acelerados pasos retumbaba por todo el pasillo de la facultad. El aspecto que presentaba la estudiante era un poco lamentable, siendo éste el resultado de una noche entera de fiesta, por esa razón, no le había dado tiempo llegar a casa a ducharse y vestirse con otra ropa. Hoy tenía su primera clase de anatomía forense, algo por lo que estaba muy nerviosa los últimos días, ya que se jugaba mucho ese año: un Mini Cooper tres puertas que le quitaba el sueño.

Nunca quiso estudiar medicina, pero debido a las presiones familiares no pudo negarse y saltarse el eslabón de aquella cadena de médicos de los últimos cincuenta años, a fin de cuentas, tampoco tenía una vocación específica. De hecho, su nota de corte no fue suficiente para optar a una universidad pública, pero ni por esa se libró, puesto que en su casa no tuvieron ningún inconveniente en financiarle una universidad privada a una hija única de un parto gemelar en el que su compañera de útero no logró sobrevivir, y por esa razón, creció rodeada de mimos. Así que, ahí estaba ella, corriendo desesperadamente para llegar al quirófano donde ya se encontraban todos sus compañeros.

Muchos de ellos, la noche anterior, habían sido sus colegas de farra, pero aun así, aparentemente, parecían menos afectados que ella. Es sabido que, muchas personas tienen una resistencia especial a la hora de combinar juergas y obligaciones.

Ya reunidos todos en torno a la mesa de operaciones, sus compañeros empezaron a reírse y a hacer incluso bromas, por cierto, de muy mal gusto. Raquel cada vez sentía su estómago más revuelto, lo último que había ingerido había sido un *gin tonic*. - Tenía que haberme tomado un Monster antes de entrar, pensó, siendo este su último pensamiento coherente...

Cuando posó la vista en la bandeja de instrumentos sintió un dolor intenso en el estómago como si le estuvieran cortando con alguno de ellos.

De repente, sin saber cómo, se encontró inmersa en una gran y profunda oscuridad. ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía allí? No conseguía ver ni sentir nada. Su único sentido operativo era el auditivo, ya ni siquiera tenía el común para procesar lo que estaba pasando. Presa de pánico reconoció la voz de Marín diciendo: - Vamos a ver qué nos cuenta este fiambre, que me han dicho que es una tía. - Vamos a ver, chicos, dejad las bromas y empecemos a trabajar, exclamó el profesor en un tomo de falsa condescendencia. Matías, al oído del compañero que tenía al lado le dice: - Pues igual está hasta buena.

- ¡Shh!, Más respeto, bro, le recriminaba Lucas intentando, a la vez, no reírse. El profesor ya bastante contrariado invitó a los dos alumnos a abandonar el quirófano. Ambos prometieron portarse bien alegando que esa conducta era producto de los nervios, debido a que era la primera vez que asistían a una autopsia, pero la realidad era que aún seguían con los efectos étlicos combinados con la excitación del momento.

Mientras tanto, la estudiante, dentro de su oscuridad, era consciente de todo lo que estaba ocurriendo. El hecho de no sentir absolutamente nada, ni siquiera dolor, era precisamente lo que lo hacía más terrorífico.

El momento más espeluznante fue cuando Raquel tomó conciencia de que el cuerpo a estudiar no era otro sino el de ella. ¡Ella era el cadáver!



Sí, no cabía ninguna duda, era ella la que estaba tumbada en la camilla. ¿Es que nadie se daba cuenta? Gritaba por dentro con todas sus fuerzas que pararan, que no le hicieran daño, que no hicieran nada, pero las palabras no salían de su boca. El gemido que emitía desde su mente no se materializaba, dado que, no lograba salir de su garganta y se disipaba en el aire cuan pompas de jabón. Tenía miedo, dado su estado inerte, de que la estuvieran desmembrando sin ella darse cuenta. Entonces recordó una película: - Si me pongo a llorar verán mis lágrimas y se darán cuenta de que estoy viva. Todo esto pensaba, incluso sabía que si lograba salir de esta, describiría ese momento como una experiencia virtual en el metaverso de un parque de atracciones, pero no, era muy real lo que estaba sucediendo...

De repente empezó a sentir cierto dolor en las mejillas, a la vez que escuchaba la voz grave del profesor preguntándole si estaba bien. Entre varios le ayudaron a incorporarse del suelo. Ya de vuelta a la realidad, sus compañeros le comentaron que había tenido un ligero desvanecimiento, el profesor le insistió que si lo deseaba podía abandonar la clase. Ella se sintió ligeramente avergonzada por haber demostrado debilidad ante sus compañeros, además, era poseedora de un gran sentido práctico, por lo que, pensando en el mini, le contestó que prefería seguir con la clase.

Pasado ya ese momento inoportuno, y una vez todos dispuestos de nuevo alrededor de la camilla para proseguir con la clase, el profesor levantó la sábana que cubría la cara del cadáver. Súbitamente, todos sus compañeros, incluido el profesor, estupefactos, dirigieron sus miradas hacia Raquel que estaba a punto de volverse a desmayar.



Vincent van Gogh

El tren

Águeda Rubio

A veces se instalaba en ella un silencio ruidoso al intuir la llegada del tren a la estación de una ciudad pequeña. Su cuerpo se quedaba como agazapado e inmóvil esperando el estallido del aire y el zumbido en los oídos de algo que pasa muy deprisa sin ninguna contención.

Luego se quedaba como hipnotizada y lentamente se iba recuperando y comenzaba a tomar tierra. Se adentraba de nuevo en el silencio.

Era el tren de todos los lunes a las siete de la tarde. Ella sabía que él iba en ese tren y él sabía que ella estaba allí a esa hora esperando el zumbido del aire que echaba su cuerpo hacia atrás sin poder agarrarse a nada.

Ella entonces cerraba los ojos y lo imaginaba sentado en su asiento mirando por la ventana buscándola. Él se levantaba del asiento como si el tren fuera a parar.

Entonces el tren pasaba y el aire se hacía calmo y volvía el silencio.

Ramón

Isabel García

La madre de Jaime guardó la jaula de Ramón en el trastero. Antes había dicho, ¿qué quieres que hagamos con la jaula, Jaime? Yo creo que podríamos dársela al veterinario, seguro que podrá hacer buen uso de ella. Jaime dijo, no, no quiero. No quiero que nadie tenga la jaula de Ramón, quiero guardarla. Y su madre no dijo nada más, cogió la jaula, la llevó a la pila y restregó los barrotes y la puerta con una bayeta. Luego la dejó en el trastero, encima de una butaca muy vieja que llevaba allí desde siempre.

Jaime se acordaba mucho de Ramón. Desde que lo encontró, así, tumbado en el suelo de la jaula, con las patas para arriba, muy tieso y sin moverse, solo pensaba en él. Mamá le había hecho natillas de postre. Jaime, ¿A qué no sabes lo que hay de postre?, le dijo sonriendo, y él sabía que eran natillas, las había olido desde la habitación cuando estaba tumbado en la cama, pero se encogió de hombros y dijo, no sé. ¡Natiillaaass! Dijo su madre. Pero ni eso le apetecía, y cuando a Jaime no le apetecen natillas, es que algo no va bien. Cómo aquella vez que tenía tanta fiebre, que ni las natillas pudo comer.

Cuando lo encontró así, abrió la puerta de la jaula, y le dio unos meneíto en las alas, como hace papá con él por la mañana, cuando viene a despertarle para ir al colegio. ¡Ramón, que te has dormido patas arriba! le dijo. Pero Ramón, no hizo nada. Estaba frío y quieto y Jaime se quedó frente a la jaula, callado y con la mirada fija en el periquito. Llegó su padre, y cogió la jaula que estaba en la ventana y la puso encima de la mesa de la cocina. Entonces se lo explicó. Jaime, lo siento, Ramón ha muerto. Lo dijo mientras abría la puerta de la jaula, y cortaba un trozo del rollo de papel de cocina. Jaime empezó a notar un temblor en la boca difícil de controlar y mientras su padre envolvía con cuidado a Ramón en el trozo de papel y lo volvía a dejar en el suelo de la jaula, empezó a llorar. Entonces, su padre, intentó abrazarle, pero Jaime le metió el codo en el estómago apartándole, y marchó corriendo a su habitación. Desde allí los había oído hablar.

— Irene, vete a ver a Jaime, está llorando en la habitación. No ha querido que le calmase.

— ¿Pero qué haces con el pájaro? ¡No pensarás tirarlo a la basura!

— ¿Y qué quieres que haga? ¿Celebrar un funeral?

— Pero que bruto eres, Leo, espera a que hablemos con Jaime.

La madre de Jaime entró en la habitación. Jaime, no tenía ganas de verla, pero muchísimo menos a papá. Si llega a ser él el que entra en lugar de mamá, le hubiese costado aguantarse las ganas de darle una buena patada en la espinilla, pensó Jaime rabioso. ¡Ramón en la basura! Que él supiera a los muertos se les enterraba. El abuelo de su amigo Luis, cuando murió, lo enterraron. Lo contó la profesora en clase. Ha muerto el abuelo de Luis y por eso hoy no ha venido, es el entierro. Mañana cuando vuelva estará triste y todos debemos ser amables con él. Ella no dijo nada de que, al abuelo de Luis, ni a ningún otro muerto, se le tirara a la basura. Solo les explicó lo del entierro. Y por eso Jaime lo sabía, no por nada más, solo por eso, por lo del abuelo de Luis, porque a él todavía no se le había muerto nadie.

Su madre empezó a acariciarle la cabeza, mientras él tumbado en la cama miraba hacía la pared. Al rato de sentir la mano revolviendo su pelo amarillo le hubiese gustado abrazarla, pero no lo hizo. En lugar de eso le preguntó. Mamá, ¿Podemos enterrar a Ramón? Claro hijo, si quieres ahora, cuando estés más tranquilo, preparamos un hoyo en el jardín y le enterramos. No, yo quiero enterrarle con el abuelo de Luis. Pero que dices, criatura. Sí, en el cementerio. Siguió acariciándole y luego le abrazó. Jaime se dejó.

Cuando salió de la habitación lo hablaron. Papá estaba callado, era mamá la que decía todo, observó Jaime.

A ver Jaime, no podemos ir al cementerio a enterrar a Ramón, pero podemos hacerlo en el descampado que hay junto a la tapia de ladrillo que lo rodea. En el cementerio solo se puede enterrar a las personas. Vale, dijo. ¿Podemos hacerlo mañana? No hace falta que vaya al colegio, cuando enterraron al abuelo de Luis, él no fue al colegio. No es lo mismo, Jaime, dijo su madre, si te parece, podemos ir esta misma tarde.

Se fueron los tres hacia el cementerio, llevando, además, a Ramón envuelto en el papel de cocina y metido dentro de una bolsa de plástico que llevaba en la mano la madre de Jaime. Allí, junto a la tapia, al pie de un árbol que había en el descampado, su padre hizo un hoyo en el suelo con la pala pequeña de metal, la misma con la que mueve la tierra del jardín para plantar los bulbos de los tulipanes. Y metieron en el hoyo a Ramón. Luego su padre lo tapó con la tierra que había sacado. Jaime ya lo tenía pensado, Ramón se quedaría allí, pero él le pediría a Jesús que le llevase con él. Cuando iba a casa de Luis, oía lo que decía siempre su abuela desde que se murió su marido. Jesús, tú que te lo has llevado, llévame con él. Y Jaime cree que, a veces, ese Jesús la lleva a ver al abuelo de Luis, porque de un tiempo a esta parte la ve menos llorona, más contenta y siempre come galletas con ellos cuando va allí a merendar. Antes ni las probaba. Después, desde el descampado, volvieron a casa y fue cuando su madre se puso a limpiar la jaula.

Desde ese día, todas las noches, al irse a la cama, Jaime dice, Jesús, tú que te lo has llevado, llévame con él. Lo repite varias veces. Le dan ganas de ir a la tapia del cementerio para ver si Jesús ya se lo ha llevado, pues hasta que no se lo lleve no vendrá a buscarle para llevarle con él. Por lo que oye en casa de Luis, el sitio ese donde los lleva Jesús es mucho mejor que su barrio, y el abuelo de Luis y Ramón van a ser allí muy felices. Y Jaime piensa, será que Jesús puede despertarles y los de mi barrio no sabemos hacerlo cuando se nos mueren los abuelos o los pájaros. Y así cada noche, pensando en Ramón, se acuerda de cuando le limpiaba la jaula y le llenaba con agua y alpiste los cuencos chiquititos que le ponía dentro. Este periquito pone la jaula perdida, decía siempre mamá. Y es que Ramón, a veces, en lugar de beber, se daba un chapuzón en el agua y ponía la jaula hecha una pena ¡Cómo me picoteaba la mano! Yo me reía y él hacía un jaleo con las alas como si se riese conmigo, recuerda Jaime. Y entonces piensa, no te preocupes Ramón, cuando Jesús me lleve contigo, allí, donde estés, te voy a poner un cacharro grande con agua para que te des un baño a tus anchas.

No quiere las natillas, ni las chuches, ni tampoco tiene ganas de comer. Su madre le dice, es normal que estés triste Jaime, si quieres podemos buscar otro periquito como Ramón, verás como así te encuentras mejor.



Clara Isabel Acebes

Pintura a carboncillo, realizada en el Taller de Dibujo de la Universidad para Mayores.

Pero yo no quiero otro periquito, quiero a Ramón, y que Jesús me lleve con él. ¿Pero qué dices, Jaime? Sí, mamá, lo dice la abuela de Luis. Ese Jesús la lleva a ella a ver a su marido. Su madre se ríe a carcajadas. Jaime se enfada. Da un golpe al respaldo de la silla de la cocina y se marcha a su habitación. Ella va tras él y se lo explica. Cogiéndole la mano, le dice que no va a volver a ver a Ramón, que los muertos están muertos, pero que siguen viviendo en nosotros. Entonces... ¿Yo voy a convertirme en periquito? Le dice Jaime a su madre con cara de preocupación. Ella vuelve a reír y le habla de los recuerdos y de los ratos buenos que ha vivido con Ramón, y que siempre que piense en él lo sentirá muy cerca.

Y entonces ese Jesús. ¿No va a venir? Replica Jaime. Le dice que no, que eso es solo una forma que tiene la abuela de Luis de decir que siente mucha pena, nada más. Jaime no lo entiende muy bien, pero la cree. Sabe que su madre casi siempre tiene razón. A Jaime, casi todos los días, le entran ganas de ir a la tapia del cementerio, pero no lo hace. Cuando le dan ganas va al trastero y se sienta en la butaca vieja y apoya en sus piernas la jaula de Ramón. Le imagina dentro, con sus plumas azuladas y su pico amarillo, dándose su baño en el cacharro del agua y dejando la jaula hecha una pena. Se ríe, pero la risa enseguida se convierte en llanto, y llora y ríe a la vez, como un tonto.

Habían pasado ya días desde la muerte de Ramón. Jaime no recuerda cuantos. Era domingo y fue al centro comercial con papá y mamá. En el pasillo que lleva hasta el restaurante de hamburguesas está la tienda de animales. Allí fue donde encontraron a Ramón. Pasan de largo. Jaime no dice nada, sus padres tampoco. Pide la hamburguesa especial, hace mucho que no la come. No deja nada, se la termina toda y no queda rastro de las patatas. El plato queda limpio. Los padres se miran y sonríen. He vaciado tres sobres de ketchup encima de las patatas y no me han regañado, piensa Jaime extrañado. Ha rematado la comida pidiendo natillas de postre.

A la vuelta del restaurante, vuelven a pasar por el pasillo del centro comercial y por la tienda de animales. Cuando ya casi pasaban de largo, lo ha dicho. ¿Podemos entrar? Nada que ver con el día en que se llevaron a Ramón, que todo eran peros y quejas. ¡Qué no, Jaime, qué no! Las mascotas dan mucho trabajo, no son un juguete, hijo. Pero esta vez, nada de todo eso, los tres entran sonrientes en la tienda, sin decirse nada. Al fondo de la tienda están las jaulas con los pajaritos. ¡Papá, mamá! Pero Jaime se calla, no dice más. Querría haberles dicho, mirad, ahí está Ramón, pero se da cuenta de que no es Ramón, ese periquito tiene las plumas verdosas y además Ramón está muerto y los muertos solo viven en nosotros cuando los recordamos, y ese no es Ramón, pero se acerca a él.

¿Te gusta el pajarito, Jaime? Sí, me gusta. ¿Lo quieres? No sé... No, no lo quiero. Salen de la tienda y continúan por el pasillo, serios y sin hablar. Yo me hubiese llevado al periquito de plumas verdosas, piensa Jaime, pero ¿Y Ramón? ¿Voy a poder seguir recordándole y sintiéndole conmigo? No sé. Podría haber cambiado de idea antes de llegar al aparcamiento para coger el coche. Seguro que sus padres volverían a la tienda. Pero, a lo mejor a Ramón no le gusta que otro periquito ocupe su lugar. ¿Le comprarían otra jaula o tendría que usar la de Ramón? No sé, duda Jaime. Y lo pregunta, Mamá, si nos llevásemos el periquito verdoso, ¿Le compraríamos una jaula nueva? Jaime, está en casa la de Ramón. Y se calla mientras llegan al coche.

Esa noche Jaime se va a la cama hecho un lio. Desde las explicaciones de mamá, ya no le pide nada a Jesús. Debería explicarle a Luis que lo de su abuela es solo un decir, sobre todo para que se den cuenta de que tiene mucha pena, pero no, quizá Luis también lo sepa. Luis, siempre lo sabe todo, piensa Jaime. Mejor no dirá nada. Da vueltas en la cama recordando a Ramón, pero también al periquito verdoso. No está tranquilo. Cada vez piensa más en el periquito verdoso, tanto casi como en Ramón. Jaime cree que quizá a Ramón no le guste que él cuide a otro periquito, y mucho menos que use su jaula. No, la jaula no, la jaula seguirá allí, en el trastero. Y en medio de la marabunta de pensamientos que se agolpan en su pequeña mente, poco a poco, a Jaime, se le van cerrando los ojos.

El periquito verdoso le picotea la mano, pero no se baña en el cacharrito del agua. Deja abierta la puerta de la jaula. Es la jaula de Ramón. Cuando vuelve a mirar, Ramón está en el suelo de la jaula tumbado, con las patas para arriba y el periquito verdoso también, a su lado, de la misma manera. Se fija mucho en ellos, en los picos amarillos, como su pelo y en las plumas azules del color de los ojos de mamá y en las verdes como los de papá. Y se asusta. La abuela de Luis entra en la cocina y los saca a los dos de la jaula. Luego los envuelve en un papel de periódico y los tira a la basura, y él llega y le tira de la falda y le grita ¡Qué no! ¡Qué no! ¡Qué tenemos que enterrarles! Y Luis entonces aparece a su lado con un ramillete de tulipanes azules y le dice ¡Has sido tú! ¡Se han ahogado por tu culpa! ¿Para qué les has puesto un cacharro tan grande y con tanta agua? Y Jaime le araña en los brazos y las piernas, y a su abuela también. ¡No se han ahogado, no se han ahogado! Corre al cubo de la basura, pero está vacío. Y Jaime grita y alborota, hasta que aparece su madre.

Calma, Jaime, tranquilo, no pasa nada, solo era una pesadilla. Pero estás sudando, y la sábana está mojada. ¿Te has hecho pis? Le abraza y le manda cambiarse de pijama. Luego le deja ir con ella a su cama. Acurrucado entre papá y mamá, en esa cama inmensa, le cuesta dormirse. La respiración fuerte de su padre se mezcla con el recuerdo de Ramón y también del periquito verdoso.

Su madre da vueltas y le pasa el brazo por encima del cuerpo. Ella está despierta. Y Jaime, animado por el picoteo que le parece sentir en la mano, y que él interpreta como la aprobación de Ramón, dice muy bajito, mamá, ¿Podemos comprar una jaula nueva y luego ir a buscar al periquito verdoso? ¿Qué dices Jaime? Y él lo repite, y ella contesta. Claro, cuando llegue el fin de semana vamos a por él, pero ahora duérmete, es ya muy tarde. Y Jaime, agarrado a la mano de su madre, mientras piensa en un nombre para el periquito verdoso, se va quedando dormido.



José Carlos Fernández de Tejada González

Pintura a carboncillo, realizada en el Taller de Dibujo
de la Universidad para Mayores.

Libro encadenado

Juan Antonio Fernández

Pedro dejó encima de la mesa los tres libros que había cogido en la Biblioteca Municipal de su barrio, a la que acudía con mucha frecuencia.

Le gustaba mucho leer, era su evasión y la forma de huir de una realidad que se había tornado invivible, desde que su pareja le había abandonado hacía casi dos años, cansada de sus cambios de humor y manías, dejándole con una profunda conmoción.

Esas manías no eran sino un trastorno obsesivo compulsivo, que entre otras cosas se manifestaba en que no subía en ningún ascensor cuyo número de ocupantes fuera impar, contando con él, no contestaba el teléfono hasta la cuarta llamada y tenía desterrado de su vestuario todos los colores menos el negro, marrón y azul oscuro.

Había llegado a Madrid de un pequeño pueblo de Badajoz donde había nacido, porque no quería trabajar en el campo con su padre, y era Auxiliar Administrativo en la oficina de una fábrica de envases plásticos ubicada en un polígono industrial del sur de la ciudad.

Se estaba aficionando a la comida basura, ¿cocinar para qué? no me apetece desde que se fue ella decía, por lo que el sobrepeso era evidente. Pero eso a él no le importaba.

Ya no llevaba sus dos únicos trajes a la tintorería, y sus camisas aparecían cada vez más arrugadas, proyectando una imagen de dejadez. Pero eso a él no le importaba.

Se desvistió con rapidez mientras escuchaba 19 días y quinientas noches de Joaquín Sabina, esbozó una sonrisa amarga pensando que ya habían pasado más de quinientas noches y él no podía olvidar a Laura, que se fue sin decir adiós, aunque ella no tenía la falda muy corta ni la lengua muy larga.

Frente al espejo, comprobó su calvicie incipiente, sus ojeras pronunciadas, que no las ocultaban las gafas de gruesa pasta con mucha graduación. Pero eso a él no le importaba.

Tampoco le importaban los cuchicheos que oía en la oficina a su paso, sabía que murmuraban sobre su aspecto y hacían burla de sus manías.

Había llegado a la conclusión de que a sus cuarenta años ya casi nada le importaba.

Lo que sí le importaba era el acto casi litúrgico de abrir un libro, y durante su lectura, mimetizarse con los personajes, juzgarlos, quererlos, odiarlos, comprenderlos o entender sus comportamientos, y vivir sus problemas y conflictos.

Se podría decir que se adentraba en el libro, y en el lapso de tiempo de su lectura, dejaba de ser él mismo para convertirse en alguno de los personajes del mismo .

Al ser viernes, tendría todo el fin de semana para leer, y decidió que empezaría por *'El huerto de Emerson'* de Luis Landero, porque le apetecía hacer el recorrido sentimental que proponía el escritor, y estaba seguro que la vendimia de su huerto daría frutos de mucha calidad literaria .

Dejaría en segundo lugar Stoner de John Williams, una novela con muy buena pinta, que trataba de la dignidad y honestidad de un profesor universitario, y por último leería Diario de un joven médico, de Bulgakov, que le introduciría en la Rusia zarista.

Después de comer una pizza de jamón y queso acompañada de una cerveza de oferta, se sentó en el sillón del minúsculo salón de su casa, un cuarto piso sin ascensor, situado en un barrio a las afueras de Madrid.

Comenzó su lectura y, en la página 87, cuando estaba viviendo los días de invierno que describía el escritor, como unificador de sentimientos, de secretos, de tradiciones que parecían lejanas, pero que a él se le antojaban próximas, por la brillante prosa de Landero, apareció un sobre en cuyo interior había una nota de suicidio en la que su autor pedía perdón a su familia por lo que iba a hacer.

No pudo seguir leyendo, se detuvo pensando que quizás era de alguien que estaba escribiendo algún texto y lo había dejado olvidado.

Pero a la mañana siguiente, no se le quitaba de la cabeza el contenido de la nota. Y quiso ir a la Biblioteca para preguntar quién era la persona anterior a él que había pedido prestado ese libro. Ante la negativa a facilitar esa información, tuvo que buscarse una excusa que funcionó, y se dirigió a la dirección que le habían dado.

Era una calle que estaba muy cerca de su barrio. Se acercó al portal, se detuvo durante unos minutos antes de llamar, y pensó qué haría si allí no estaba el autor de la nota. ¿Seguiría buscando a todos los que habían tomado prestado el libro?, ¿hablaría con la Biblioteca y que se hicieran cargo del asunto ellos? Pero sobre todo, ¿por qué estaba haciendo esto?.

Con estas dudas, tocó el timbre y al poco salió una mujer vestida de luto.

- ¿Qué desea?

- ¡Buenos días!, vengo de la Biblioteca Municipal, quería hablar con su hijo en relación a un libro que cogió hace días.

La mujer le hizo pasar y amablemente le ofreció sentarse, después llamó a su marido, que apareció al momento.

- Mi hijo ha muerto, se quitó la vida la semana pasada, estamos devastados, no pensábamos que la ruptura con su novia le llevaría a tomar esta trágica decisión. Ni siquiera nos dejó una nota de despedida .

Entonces les dio el sobre, contándoles que esa nota la tenía él, porque la había encontrado en un libro .

La mujer le abrazó llorando, esa nota quizás les aliviaría su inmenso dolor, le agradecieron lo que había hecho y él se fue con una extraña sensación, como una premonición, creía que había cumplido con un deber, pero durante el camino a casa empezó a rumiar algo, ese hallazgo le cambiaría la vida .

Y al llegar lo tuvo claro, ese libro también alojaría en su interior y en la misma página su propia nota de despedida.

Limo Rent Bovary

Fernando Morales Sánchez

Cerca de la medianoche del 28 de noviembre de 1998 en plena Gran Vía de Madrid, el abogado Carlos Miranda de Borja se acerca a una limusina detenida por el semáforo y apuntando al chofer con una pistola automática Beretta 93R lo obliga a apagar el motor y desbloquear las puertas del coche, luego con paso decidido se dirige a la parte posterior abriendo una de las puertas y sin apuntar siquiera aprieta el gatillo dos veces, la Beretta escupe dos ráfagas de rencorosos proyectiles que invadiendo el interior de la limusina interrumpen una cópula adúltera e itinerante y la vida de la conocida psiquiatra Carmen Barceló Castillo y la de su paciente el ciudadano francés Jacques Leroy Fournier. Una vez que el estruendo de los disparos se aleja por los techos de la Plaza de Callao, el asesino se queda unos segundos, ingrávido, observando, con la mirada perdida, los escombros, los cuerpos acribillados, abrazados entre sangre y vísceras desordenadas, de los amantes que han muerto... en el acto.

Mientras el presunto asesino recorre con sus ojos la escena del crimen, el arma homicida se desliza por su manos y cae sobre el pavimento que comienza a teñirse de rojo. En un gesto inútil saca su cartera del bolsillo interior de su abrigo Hubertus Loden y la mira extrañado por unos segundos y luego la vuelve a guardar.

Mientras el presunto asesino recorre con sus ojos la escena del crimen, el arma homicida se desliza por su manos y cae sobre el pavimento que comienza a teñirse de rojo. En un gesto inútil saca su cartera del bolsillo interior de su abrigo Hubertus Loden y la mira extrañado por unos segundos y luego la vuelve a guardar.

Carlos Miranda de Borja, ya en su condición de viudo, gira sobre sí mismo con gesto de funeral militar y atraviesa la Gran Vía desapareciendo, entre aturridos transeúntes nocturnos, por la calle de Concepción Arenal con rumbo incierto.

Este trágico incidente terminó con el ingenioso y exitoso modelo de negocio emprendido por dos jóvenes egresados de una conocida Business School de Barcelona. La empresa “Limo Rent Bovary”, ofrecía excursiones flaubertianas en lujosas limusinas que recorrían las calles de Madrid mientras parejas o grupos daban rienda suelta a sus fantasías concupiscentes.

*Te sugiero lector que leas la última parte del capítulo I de la Tercera parte de Madame Bovary de Gustave Flaubert. (pág. 295 -297. Edición Libro de bolsillo de Alianza Editorial, 1980) El autor.



VERSO A CIEGAS

Si quieres contribuir a la realización de un **poema**, hecho al estilo de los "**cadáveres exquisitos**" de las vanguardias del siglo XX, envíanos un verso elaborado por ti antes del **20 de mayo de 2024**.

El poema estará compuesto por todos los versos respetando el **orden de llegada**.

Se publicará en el número de mayo/junio del Fanzine Baladí.

Debes enviarnos el verso y tu nombre a la siguiente dirección de correo electrónico:

baladi.um@ucm.es

Recuerda poner en el asunto: "verso a ciegas".





Las dos vasijas

Un cuento narrado por Lola Azcona

[Escúchalo aquí](#)

Europa con el paso del tiempo

UN ANTES Y UN DESPUÉS

Fazine Baladí





*CABARET 'MOULIN ROUGE' DE PARÍS,
FRANCIA (1900 -2016)*

RÜSSTAD, NORUEGA (1888 - 2013)



*ESTATUA DE MARTÍN LUTERO EN
DRESDE, ALEMANIA (1958 - 2014)*



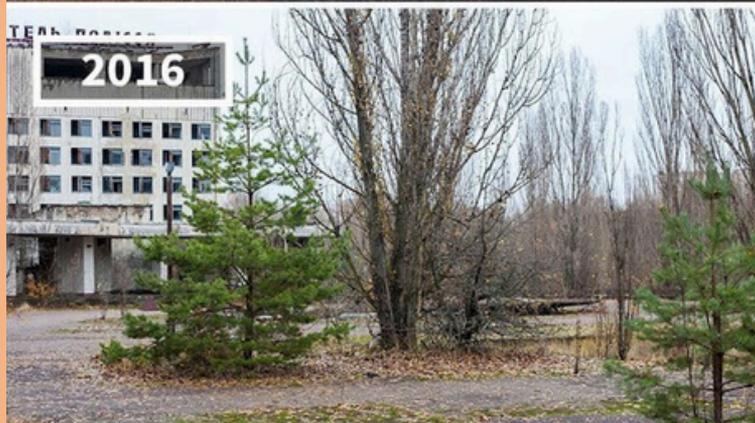


*COMMUNAL ODDA, NORUEGA
(1887 - 2004)*

*RIBERA DEL SENA EN PARÍS,
FRANCIA (1900 - 2017)*



*LA CIUDAD DE PRÍPIAT EN
CHERNOBYL, UCRANIA (1986 - 2016)*





*RESTAURANTE HOFBÄUHAUS EN
MUNICH, ALEMIA (1910 - 2017)*

*ESQUINA DE LAS CALLES DE
RATAJAK Y SAN MARTÍN EN
POZNAN, POLONIA (1945 - 2017)*



*LA ISLA DE MONT- SAINT -
MICHEL, FRANCIA
(1908 - 2016)*

1908



2016



*REICHSTAG EN BERLÍN,
ALEMANIA (1945 - 2012)*



HAMMERFEST. NORUEGA *(1889 - 2004)*

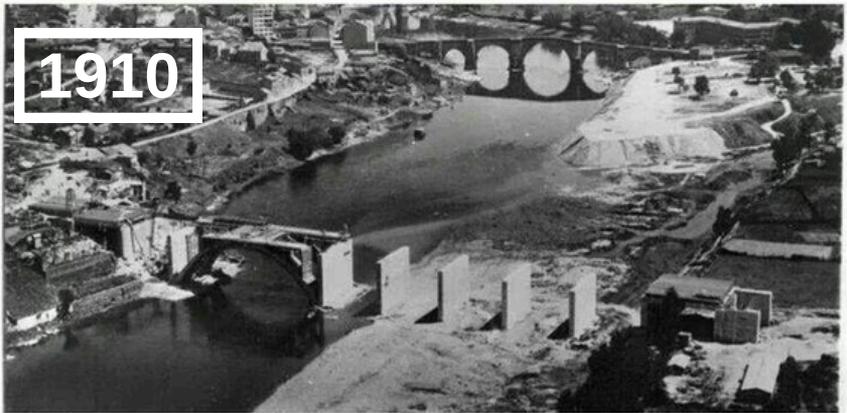




*IGLESIA DE SAINT - GERVAIS -
SAINT PROTE EN PARÍS, FRANCIA
(1918 - 2017)*

*SANTA MARÍA DE LA CABEZA,
MADRID, ESPAÑA (1999 - 2024)*





*OURENSE, ESPAÑA
(1910 - 2023)*



Pedro Jesús Vargas Gallego

*Pintura a carboncillo, realizada en el Taller de Dibujo
de la Universidad para Mayores.*

¿Quién eres tu?

Guion original de Gerardo Romero P.

3ª Entrega

Resumen de lo publicado en números 19 y 20.

Rafael y Andrés trabajan en Madrid, al salir del trabajo se han encontrado con Pablo, compañero de la delegación de Barcelona, y Olga, su pareja. Han comido juntos y han quedado para salir los cuatro por la noche.

Rafael, como suele hacer cada tarde, ha aprovechado para seguir pintando un auto retrato casi finalizado, escucha música y bebe whisky. La señora de servicio de la casa se ha despedido hasta el día siguiente. Rafael se ha cambiado de ropa, se ha dado algo de colorete y lápiz de labios y se ha colocado encima una bata.

Acaba de recibir un mensaje de Pablo en el móvil cancelando la salida por la noche y Rafael le ha mentado contestándole que está revisando unos papeles de trabajo.

INT - SALA TALLER - ANOCHECER

Termina el disco y se oye GIRANDO el plato. Al dejar la paleta y pinceles, para ir a dar la vuelta al disco, se mancha la bata y la blusa y desiste de cambiarlo. Molesto y disgustado TIRA la bata sobre uno de los taburetes. Antes ha dejado las gafas en la mesa.

Entra poca claridad del exterior y Rafael da la luz.

Se dirige al armario y se cambia de blusa después de probarse dos distintas. Se la deja por fuera.

Nervioso, va a dar la vuelta al disco. Ahora sube el volumen cuando se oye la MÚSICA. Corre las cortinas del ventanal hasta el centro y vuelve al cuadro: trago largo y rápido de whisky hasta vaciar el vaso, (pasa el tiempo) alguna pincelada final y lo da por terminado firmándolo, como siempre "Picasso".

Mientras deja la paleta, la luz TIEMBLA, un golpe de VIENTO abre el ventanal, TIRA alguna planta y lanza las cortinas contra el caballete DERRIBÁNDOLO junto con el cuadro.

Rafael recoge las cortinas a los lados. Cierra la ventana y levanta las macetas. Levanta el caballete y coloca y recoloca el cuadro, se pone las gafas, lo mira con detenimiento, no está dañado.

El vendaval y la visión del auto retrato mientras suenan los últimos segundos de Las cuatro estaciones desencadenan con rapidez en una crisis de identidad. Y queda el ruido del disco girando (queda de fondo).

(A partir de aquí, la VOZ EN OFF de Rafael se atribuye al auto retrato que al principio no se ve de frente. Rafael oye cómo le habla el cuadro y él reacciona sin palabras: todo parece real)

Rafael muy cerca del cuadro. No se ve la pintura.

AUTO RETRATO VO

(susurrando)

¿Estoy bien así?

Claro, a tu misma altura y con el perfil cambiado; como debe ser.

Rafael se muestra muy impaciente y se coloca las gafas.

AUTO RETRATO VO (CONTINUACIÓN)

(con tono de reproche)

Si no me colocas las gafas no podré verte bien.

Rafael, muy enfadado, ARROJA sus gafas sobre las pinturas y trata de dar un trago de wiski pero el vaso está vacío.

AUTO RETRATO VO (CONTINUACIÓN)

¡No me tendrás miedo!

¿Acaso temes que te descubra cómo eres?

Ahora ESTRELLA el vaso contra el suelo y gira el lienzo por lo que sólo ve los listones y el tejido gris.

AUTO RETRATO VO (CONTINUACIÓN)

¿Cómo explicarás esa sonrisa que me has marcado?

De un manotazo, TIRA caballete y cuadro al suelo. Aun así, la voz sigue clara y con rotundidez.

AUTO RETRATO VO (CONTINUACIÓN)

Sabes que tú y tu firma sois una mentira.

Rafael, permanece con la mirada fija en el bastidor.

AUTO RETRATO VO (CONTINUACIÓN)

¿Sigues ahí, Rafael? No debes alterarte de esa forma si pretendes pintar con originalidad, sin copias.

Deambula pero sin alejarse del cuadro.

AUTO RETRATO VO (CONTINUACIÓN)

Debes encontrarte a ti misma.

Rodéate de cuantos hombres te plazca y descúbrelos a todos.

Picasso, Pablo, no son el centro de nada..

Mientras sigue la voz, Rafael recoge el cuadro y mirándolo de frente y con una espátula comienza a hacerle cortes y terminará desgarrando el lienzo

AUTO RETRATO VO (CONTINUACIÓN)

a un lado y a otro hay una infinidad... todos hermosos y todos bellos si consigues desnudarles por dentro y por fuera, si penetras en su interior y los amas.

Al final, de un golpe en su pierna troncha las tablas del bastidor.

En NEGRO, el RUIDO del disco girando ya no cesará.

INT – SALA TALLER – DÍA (DÍA SIGUIENTE)

Sólo se oye el RUIDO del disco girando y la LUZ está encendida. Cerca del ventanal, con las cortinas descorridas, hay desorden, restos de tierra y flores, también cristales de un vaso roto. En su sitio, el caballete y el cuadro del autorretrato ya firmado.

La Señora entra, APAGA la luz y va hacia el ventanal. Con cuidado de no pisar los cristales cierra las cortinas.

Se para a mirar el cuadro terminado y se sonríe al observar que está firmado “Picasso” como todos.

Al darse cuenta de que el armario está abierto va hacia él y al llegar, casi tropieza con el cuerpo del señorito Rafael que yace en el suelo, delante del espejo y parece muerto, todo ensangrentado y con cortes en la cara y en el cuello, mostrándose la desfiguración de su rostro.

Mientras, el RUIDO del disco girando se va elevando.

Y a NEGRO.

- F I N -

Nota: El autor se muestra dispuesto a colaborar en la producción y filmación sin intervenir ni en la dirección ni en el castin.



Concha García Sastre

Pintura a carboncillo, realizada en el Taller de Dibujo de la Universidad para Mayores.



Carmen Villa

Hay cosas tan inexplicables, que a veces sólo el gusto puede explicar. Quizá sea porque radican en la sencillez. En la confianza plena cuando no son necesarias justificaciones. Hay cosas tan inexplicables como que mi hija escogiese Let Her Go como baile nupcial.

Confieso que usé el traductor de Google para saber lo que decía. Confieso que la canción me gustó, pero me gustaba más antes de conocerla en profundidad.

Hay cosas tan inexplicables, que cuando el sábado salió a bailar mi marido y yo nos miramos a los ojos y los dos quisimos decir “déjala ir”, pero ya era tarde. Ella ya había hecho su vida hace mucho tiempo lejos de nosotros, sus padres.

Y con mis deseos de abrazarla, protegerla, de tenerla siempre a mí lado, comprendí mejor la canción, y como ven hasta elaboré una teoría que justifica la elección.



Personajes inolvidables

Roberto Amilburu

Gaia, en “La tierra transformada- El mundo desde el principio de los tiempos” de Peter Frankopan.

¡En este libro tampoco hay gatos! Piensa el gran gato negro cuando me ve elegir el libro del bimestre. Pero le gusta el tema ya que este libro refleja lo desastrosamente que nos hemos comportado siempre los humanos. Además de haberse dedicado estos humanos a amaestrar animales que vivían felices en la naturaleza y “civilizarlos”, se han dedicado a cultivar masivamente todo espacio de terreno hasta no dejar casi espacio libre. Y, además, se autoinculpan sin remedio en estos escritos para flagelarse y sin poner solución a nada. Se vuelve despectivo, pensando, como siempre, en cómo se comen el coco estos humanos. No tienen remedio.

Es un libro de historia, no de ficción. Diferente a otros libros de historia clásicos en los que se describen solamente acontecimientos con más o menos gracia. Incluso diferente a los de las nuevas tendencias históricas, también muy amenos, en los que se describe la vida diaria y la sociedad de la gente del común, la que construye realmente las sociedades. Es ameno, fácil de leer. Eso sí muy extenso, lógicamente.

No, este libro no hace nada de eso. Realmente, a mi modo de ver, es más la historia de la Tierra, de la Naturaleza, desde que esta última tuvo la genial y desastrosa idea de crear a un ser con inteligencia (¿?) que iba a servir para ir destruyendo poco a poco todo el frágil sistema natural que con los millones de años se había estado fraguando para crear un maravilloso planeta intergaláctico.

Va narrando, desde el principio de los tiempos, desde la creación de la Tierra y va avanzando hasta que aparece un ser diferente a partir de los primates más avanzados.

Muchos milenios siendo cazadores-recolectores y, de alguna forma, influyendo ya en la recomposición de la naturaleza por nuestra acción devastadora, eliminando, por ejemplo, especies para proveernos de sustento. Pero hay un cierto equilibrio.

Y se detalla la época en la que nos convertimos en agricultores y ganaderos en la que domesticamos plantas y animales y en la que sometemos a nuestro capricho cada vez más a nuestro entorno natural, destruyéndolo.

Así, va desgranando esta obra el paso de todas las civilizaciones sin narrar acontecimientos y batallas, sino especificando cómo cada una de esas civilizaciones ha ido influyendo en la Naturaleza y cómo, a su vez, la Naturaleza ha ido conformando el devenir humano con su imprevisible actuación, en la que no podemos influir, con

desastres naturales en forma de volcanes, lluvias torrenciales, sequías, terremotos, etc.

Algunos de ellos provocados previamente por la actuación humana inconsciente y perturbadora de los equilibrios del Planeta.

Comienza el libro con unas palabras de la Biblia que nos pueden hacer reflexionar sobre lo que hemos hecho y lo que seguimos haciendo:

“Cuando Dios creó al primer ser humano, lo llevó y le enseñó todos los árboles del jardín del Edén y le dijo: ... ‘Asegúrate de no corromper ni destruir mi mundo, pues si lo destruyes, no habrá nadie que lo repare después’. (Midrás Eclesiastés Rabbah, 7:13)”

Creo recordar que el Eclesiastés se escribió hacia el siglo X a.C. Para los pensadores de aquella época, para el que reflexionaba sobre el origen de las cosas y de la vida, ya era evidente que algo estábamos haciendo mal.

Uno de los factores sobre los que hace más hincapié el libro en relación a la influencia antropogénica son las ciudades. Las megalópolis que hemos construido y en las que nos hemos acostumbrado a vivir, las ciudades en general son las responsables mayores del calentamiento global.

Por ello, Frankopan nos advierte:

“No es casualidad, por tanto, que el último siglo, que ha sido testigo de un veloz crecimiento del número, el tamaño y la población de las ciudades, también haya conocido la destrucción más grave del medioambiente y el aumento vertiginoso de los niveles de consumo”.

Todo aquel concienciado con el medio ambiente, con la Naturaleza y que, además, le guste la historia, encontrará en este libro un excelente relato de lo que hemos hecho mal hasta ahora y de lo mal que lo podemos seguir haciendo si no ponemos remedio. La historia está también a nuestro alcance para esto. Es otra forma de abordar la historia dentro de las múltiples formas en las que se puede abordar esta maravillosa disciplina.

Porque, además, es doblemente atrayente ya que no se limita este libro solamente a describirnos el devenir de las sociedades occidentales, la historia típica que trata sobre todo el Próximo Oriente y de Europa, sino que se sumerge también en la historia más desconocida, por lo menos para mí, de las sociedades orientales, sudeste asiático, la India, las civilizaciones africanas y también de las precolombinas desde que cruzamos el estrecho de Bering e incluso de las del océano Pacífico.

Y las trata todas porque ninguna, ninguna, ha tenido un trato equilibrado con la Naturaleza y todas han cometido grandes alteraciones que han cambiado el clima y la vida natural.

No es optimista este libro, no termina bien, en mi opinión. Al final, cuando ya no existamos, la Naturaleza y la vida continuarán: los perjudicados seremos nosotros. No vamos por buen camino en absoluto. Y nos lo indica Frankopan con estas palabras:

“... será la naturaleza la que se encargue de llevar las emisiones netas a cero. Lo hará mediante una despoblación catastrófica, ya sea esta resultado del hambre, las enfermedades, los conflictos o una combinación de todo ello. Si somos menos los que quemamos combustible, talamos bosques y extraemos minerales de la corteza terrestre, la huella humana se reducirá de forma drástica y estaremos más cerca del paraíso sostenible y exuberante de nuestro pasado fantástico. Quizás encontremos el camino de regreso por medios pacíficos; un historiador no apostaría por ello”.

Me ha gustado el libro, dice el gran gato negro. ¡Qué desaparezcan los humanos y nos quedemos solamente los animales! ¡Qué paraíso! Estos humanos son un despilfarro y una carga para el planeta. Están de más.

Primavera, de nuevo. Reflexionemos. Qué podemos hacer cada uno de nosotros por el entorno, día a día. Dejémonos de historias poshumanistas, de delirios de la IA, de progreso sin fin y sin límites. Nuestro ser es natural y está indisolublemente unido a la naturaleza. Y todo ello, como siempre, está oculto en lo más profundo de los ojos del gran gato negro...

Majadahonda, 10 de Abril de 2024.

LA
KERMES
CANDIDO



Cándido Dean

Soledad

La soledad no se busca, te busca. La soledad te acecha, te atrapa. La soledad no es una elección.

La gente elige vivir solo o pasar un rato a solas, estar solo o alejarse. Pero no elige la soledad.

La soledad me la encuentro yo al llegar a mi casa todas las tardes, junto a la butaca en la que veo la televisión. Allí está la soledad aunque yo entre en mi casa con mis amigos. La soledad se instala, te envuelve, y nunca es deseada. Cuando la soledad te pone en el punto de mira no es sencillo darle esquinazo, ni olvidarla.

La soledad agria el espíritu, inflama las querencias del alma. La soledad destruye poco a poco el cuerpo que habita. Y cuando la soledad habita un cuerpo, todo es soledad y vacío. Que la soledad no te atrape, aunque hayas decidido tu vida en solitario.



Si quieres colaborar en Fanzine Baladí,
envía tu contribución al correo electrónico:

baladi.um@ucm.es